

General de brigada Alfredo Sanz y Calabria

«La innovación está en el ADN DEL ARTILLERO»

El director de la Academia de Artillería, afirma que el nacimiento del centro «supuso un espaldarazo fundamental a la industrialización de España»

METIDO de lleno en la preparación del 250 aniversario de la Academia, el general de brigada Alfredo Sanz y Calabria (Madrid, 1959) no escatima esfuerzos ni tiempo para que todos conozcan la historia de la Artillería, llena de hazañas y personajes ilustres que son un referente, no sólo para el Ejército, sino para todo el país. Afirma que la formación de los artilleros resultó imprescindible para potenciar la industrialización en España, que los métodos de enseñanza de la Academia fueron precursores del plan Bolonia, y que en las fábricas puestas en marcha por sus alumnos se inició la formación profesional tal y como la conocemos hoy en día y aparecieron los primeros movimientos sociales.

Todo ello sin olvidarse de un presente que, con las restricciones económicas, obliga a incentivar la imaginación para mantener la calidad de la institución y de un futuro en el que quiere situar a la Academia como un Centro de Excelencia. «Tenemos que contar las cosas que sabemos hacer bien. Si no se conocen es como si no existieran», añade este general que ha desempeñado puestos tan diferentes como jefe de operaciones de cooperación cívico-militar en Kosovo, responsable de personal del Centro de Operaciones Terrestres del Estado Mayor del Ejército y jefe del Grupo de Artillería de Campaña Autopropulsada XI

de Badajoz. En la Academia de Artillería ha estado destinado en varias ocasiones. La primera de ellas, recién ascendido a capitán, como profesor de electrónica. La última, como general director.

—General, ¿en qué momento se encuentra la institución?

—La Academia goza de una magnífica salud. Es verdad que con los recortes no podemos tener la plantilla cubierta

«Nuestros métodos de enseñanza se pueden considerar precursores del plan Bolonia»

del todo. Pero el esfuerzo que están haciendo tanto Defensa como el Ejército de Tierra para que la formación de los alumnos no sufra, permite mantener los planes de estudio casi al 100 por 100.

En estos momentos, el centro está embarcado en dos proyectos muy importantes: la celebración del 250 aniversario y, como no se puede vivir sólo del pasado, estamos detrás de conseguir la certificación de calidad EFQM (*Funda-*

ción Europea para la Gestión de la Calidad). Vamos por buen camino y todo indica que podremos conseguirla a final de año.

—¿Qué importancia tuvo la creación del Real Colegio de Artillería en la España del siglo XVIII?

—Su nacimiento supuso un espaldarazo fundamental a la industrialización en España donde, hasta entonces, sólo había empresas textiles, pañeras y alguna conservera. La formación que se daba entonces a los alumnos les capacitaba para utilizar los cañones y también para dirigir las fábricas de armamento que, a partir de la creación del centro, aparecieron por toda la Península: La Coruña, Trubia, Oviedo, Burgos, Palencia, Valladolid, Toledo, Sevilla, Granada, Murcia.

Además, el modelo de producción que había en España propiciaba que las fábricas tuvieran un volumen importante y que a su alrededor se establecieran poblados para los obreros y sus familias. Allí había de todo: casino, escuela, tienda de abastos, capilla... Esto provocó que, cuando se disolvió la artillería, que ha ocurrido en cuatro ocasiones a lo largo de su historia, los obreros dejaban de cobrar, y es entonces cuando también aparecieron las primeras cajas de resistencia y los primeros movimientos sociales. Junto con los astilleros, estas fábricas son el origen de la revolución industrial en nuestro país.



«En las fábricas de armamento se creó la formación profesional tal y como la conocemos hoy en día», explica el director de la Academia de Artillería.

— ¿Cuál fue, en su opinión, la mayor aportación del centro al desarrollo social de aquellos años?

— En las fábricas se estableció una formación profesional tal y como hoy la conocemos. Las escuelas de aprendices, donde iban los chicos de los poblados al terminar la escuela básica, se crearon primero en Sevilla y después en Trubia. En esta última población, podríamos decir que aparece la formación profesional casi de carácter reglado que tenemos ahora en España. No nace en el Real Colegio, sino en las fábricas, pero fue una idea de los hijos del Colegio.

— ¿Qué es más prioritario en la formación de los artilleros, la teoría o la práctica?

— Es muy ilustrativo el discurso de inauguración del Real Colegio de Artillería que pronunció el padre Antonio Eximeno, su primer director. En él pone de relieve la importancia que tiene la teoría para el buen desarrollo de la práctica. Ese modelo se extendió desde aquí al resto de academias militares y es el mismo que viene preconizando el plan Bolonia: acompase usted la teoría con la práctica, haga usted que los alumnos participen en las clases. Se parece sospechosamente a lo que se quiere hacer en las Universidades.

— De la Academia han salido muchos artilleros ilustres, los más conocidos Daoíz y Velarde, héroes del 2 de mayo frente a los franceses...

— Los artilleros tenemos poca imaginación. Cuando algo va por pares, automáticamente los llamamos Daoíz y Velarde, como a los leones de la puerta del Congreso. Pero hay muchos más artilleros ilustres, como Martín García Arista y Loygorri, el primer galardonado con la Laureada de San Fernando. O Vicente de los Ríos, organizador del régimen interior del Colegio que no se diferencia mucho de la vida que se lleva hoy en día en las Academias y que fue el autor del estudio introductorio del primer Quijote que editó la Real Academia Española. Francisco de Luxán es otro de ellos. Fue varias veces ministro y el creador de las escuelas de Ingeniería Industrial.

Tampoco podemos olvidarnos de Tomás de Morla. Fue alumno de la prime-

«Acabamos de elaborar un plan estratégico para convertir a la Academia en un centro de excelencia»

ra promoción, profesor del Colegio, y escribió el primer tratado científico de fabricación de la artillería. Era un texto tan importante que cuando llegaron los franceses en 1808, una de las columnas que se dirigía a Madrid se desvió hacia Segovia. Esta ciudad no tenía ninguna importancia estratégica pero vinieron a buscar tantos tratados de Morla como fueran capaces de llevarse. De hecho, actualmente hay más ejemplares en Francia que en España.

—¿Qué pasó con el Real Colegio durante la invasión francesa?

—La Academia se ha trasladado en dos momentos claves: en 1808, cuando llegan los franceses, y en 1823, con los Cien Mil Hijos de San Luis.

En el primero de los casos, los miembros del cuerpo salieron de Segovia en dirección a Madrid y, al comprobar que la capital estaba tomada, comienzan un periplo por España que si lo cogen en Hollywood hacen una película preciosa. Habían salido con lo puesto y al llegar a Guadarrama ya iban descalzos, no tenían ni zapatos. En esas condiciones viajan hasta Salamanca, de ahí a Coruña y a Vigo, embarcan hasta Huelva, van a Sevilla, la Isla del León y, en barco, hasta Mallorca, Menorca y de nuevo a la capital balear. Y durante todo este tiempo, siguieron dando clase, no se perdió ninguna promoción.

Cuando llegaron los Cien Mil Hijos de San Luis también salieron de Segovia para ir a Badajoz. Allí, el Colegio se disuelve al crearse el Colegio General Militar en el Alcázar de Segovia aprovechando la experiencia y los profesores que tenía el Real Colegio de Artillería.

—Acaba de elaborar un plan estratégico, una hoja de ruta para convertir a la Academia en un centro de excelencia. ¿En qué consiste?

—La primera parte, que es obtener la certificación de calidad, ya está hecha. Es la fase más sencilla, sólo hay que escribir, detallar y explicar lo que hacemos todos los días. Además de organi-

zar todos los circuitos de calidad para demostrar que somos responsables con el medio ambiente, que mantenemos la responsabilidad social corporativa, que atendemos a los riesgos laborales, que no hay problemas de género...

Llegar a ser un centro de excelencia es más complicado. Lo primero que debemos preguntarnos es... ¿excelencia en qué? Tenemos que tener muy claro qué es lo que sabemos hacer muy bien y, eso, hoy en día, es el mando y control de los fuegos y la gestión del espacio aéreo.

La producción del fuego es relativamente sencilla; cada vez los medios están más mecanizados, las piezas son más automáticas y los sistemas de cálculo son mucho más potentes. Todo esto permite que el trabajo del operador sea ahora más sencillo. Lo que es realmente difícil es saber cómo integrar ese trabajo con el resto de lo que ocurre en el campo de batalla en el que, por otro lado, cada vez aparece más la red. Las estructuras jerárquicas y burocráticas habituales se difuminan más y eso significa que tenemos que hacer un esfuerzo monumental para cambiar la mentalidad y ser capaces de combatir en red.

—¿En qué momento se encuentra esa adaptación?

—Por nuestra tradición, formación y el tipo de combate que hacemos habitualmente, estamos en muy buenas condiciones para hacer este tipo de cosas. Ya tenemos sistemas de armas que combaten en red, como el sistema NASAMS (sistema de misiles superficie-aire avanzado noruego).

Además, la estructura de la artillería de campaña es poco convencional. En una unidad pequeña, como puede ser un batallón, tenemos militares desplegados desde primera línea de combate hasta la retaguardia y todos ellos hablan entre sí continuamente sin escalones intermedios. Nuestra forma de entender la articulación del campo de batalla nos hace diferentes a otras armas y nos coloca en muy buen lugar para hacer la transición a un ejército en red con más sencillez.

—Hablaba también de la gestión del espacio aéreo. ¿No es competencia del Ejército del Aire?

—Por ley, la gestión del espacio aéreo es responsabilidad del Ejército del Aire, pero, donde quieran que combatan fuer-



«De aquí salen todos los años un montón

zas terrestres, delega en el de Tierra una determinada zona, una determinada altura, para que haga con ella lo que considere necesario. Esa distancia depende de los medios que se vayan a emplear en cada operación. Por eso, hay que estar preparados para la gestión de ese espacio aéreo, que no es fácil, porque cada vez hay más usuarios. Por ejemplo, si un UAV quiere volar en una zona que con-

trola el Ejército de Tierra, sabe que tiene que coordinarse con nosotros que somos los dueños de ese espacio aéreo.

—La Academia cuenta con tres áreas: la enseñanza, la investigación y la simulación. ¿Cómo se estructuran?

—Ahora mismo estamos en un proceso de transición porque hemos visto que ese sistema, que ha funcionado perfectamente hasta ahora, tiene limitaciones

instrucción, sino que debe ser el responsable en todo lo que tenga que ver con tiro, sea cual sea el proceso en el cual nos estamos moviendo.

Esto nos permite una optimización de personal que, de otra manera, no podríamos hacer. Y ese es uno de los ejes fundamentales del cambio de mentalidad que estamos haciendo en la Academia: flexibilidad en el empleo de los especialistas.

las mejoras en los simuladores de artillería de campaña, similares a los que tenemos nosotros, que hemos vendido a Brasil. Son propuestas nuestras, de aquí salen todos los años un montón de estudios de innovación en todo tipo de materiales, tanto en munición como en cañones o sistemas de mando y control. Continuamente estamos dándole vueltas a cómo mejorar los sistemas pedagógicos con los que damos clase a nuestros alumnos. En esta Academia es muy normal el aprendizaje basado en problemas, en proyectos. La innovación forma casi parte del ADN de un artillero. No estamos quietos. Somos como una bicicleta, si nos paramos, nos caemos.

—¿Cómo es la relación de la Academia con Segovia?

—Segovia no se puede entender sin la Academia y la Academia no se puede entender sin Segovia. Cuando nos instalamos aquí, la ciudad tenía 14.000 habitantes y ahora cuenta con 55.000. Hemos vivido y crecido juntos y de la mano. Y como todos los matrimonios que se precien, tienen sus crisis, a veces hay desencuentros, pero la relación, por lo general, es extraordinaria a todos los niveles, tanto con las autoridades como con los segovianos.

Hay una anécdota muy interesante que ocurrió el pasado año durante un ejercicio que hicimos para evaluar nuestro plan de seguridad y que refleja muy bien esta relación. Pusimos en marcha una serie de incidencias y una de ellas consistía en que dos miembros de seguridad, vestidos de paisano, fueran a la parte más alejada del cuerpo de guardia y pegaran unos carteles en la valla de la Academia. ¡Tuvimos que llamar a la Policía Local y a la Guardia Civil para que fueran a rescatarlos porque los vecinos se les echaron encima y les dieron de bofetadas! Es una muestra del grado de implicación que tiene la gente de Segovia con la Academia. La siente como algo suyo, tanto como para participar en su defensa de esta manera tan activa.

Además, a todos los alumnos cuando terminan sus estudios, el Ayuntamiento los nombra segovianos honorarios. Y lo llevamos a mucha gala.

Elena Tarilonte

Fotos: Hélène Gicquel



de estudios de innovación para municiones, cañones y sistemas de mando y control»

cuando nos encontramos cortos de personal. Somos mucho más eficaces si en lugar de hacer una estructura tan vertical como ésa empezamos a pensar en procesos de generación y de difusión de conocimientos y en procesos de instrucción y adiestramiento.

Por ejemplo, si tenemos un especialista en tiro no tiene por qué estar metido en investigación, en enseñanza o en

—La innovación aparece siempre ligada a la Academia. ¿Qué significa esta palabra para el centro?

—Es el espíritu de la Academia que, desde su fundación, estaba llamada a desempeñar un papel importante en todo lo que fuera el desarrollo tecnológico e introducción de nuevas tecnologías. Venimos haciéndolo desde hace 250 años de manera continua. Ahí están